

La maravillosa aventura de las colonizaciones "LOS HOMBRES DEL NORTE"

HERNANDO GAITAN LINARES

"A furore normanorum libéranos, Domine".
(De la furia de los Hombres del Norte, libéranos Señor).

Autor desconocido.

De cómo nació el mito Vikingo

Los enigmas de la historia se han revestido siempre de un imaginario encantamiento, como el que difunden la cábala, lo esotérico, el simbolismo y las sociedades secretas. No será acaso, "que el encuentro con lo misterioso es la experiencia más hermosa, el origen de todas las ciencias", y para el ser humano, ávido de emociones, una inquietante perspectiva? Y cuando lo enigmático se origina en el mundo de las brumas, de la soledad y de los hielos, la mente, desde la maravillosa mitología que alimentó la fecunda imaginación de los griegos, eligió el vocablo más apropiado para delimitar lo conocido y abrirle campo propicio de credibilidad a las regiones donde se ocultan los seres y las cosas incógnitas. De ahí surgió el mundo blanco y helado de los Hiperbóreos, los hombres de la felicidad sobrenatural, que Berlioux sitúa en tierras de la actual Dinamarca y Herodoto imaginó en las comarcas lejanas, más allá de los móviles Escitas.

Desde hace mucho tiempo, quizás antes del siglo VIII de nuestra era, cuando Carlo Magno construía sobre las ruinas de lo que fuera la egregia Roma —destruida por sus antepasados— un nuevo imperio, el Romano Germánico, para restaurar en el viejo continente su perdida unidad y grandeza, se comenzó a forjar la leyenda de los vikingos, a raíz de su aparición súbita e inesperada en la costa inglesa.

Estos hombres, surgidos supuestamente del norte, fueron como una aparición diabólica a lo largo de tres siglos. Encaramados en sus frágiles embarcaciones sembraron el terror en las costas de Europa,

antes de asolar, conquistar y colonizar regiones enteras. Fue entonces cuando las gentes horrorizadas, incluyeron en las letanías esta invocación: "De la furia de los Hombres del Norte libranos Señor". Algunos, tal vez la mayoría, asociaron la palabra Vikingo con la de piratas; otros, simplemente los designaron como "ladrones del mar". Pero luego, las nuevas generaciones terminaron por deducir que estos hombres debían ser algo más, para producir tan honda impresión en Europa. Con el tiempo los estudiosos apreciaron que aquéllos hombres no caracterizaban un grupo étnico especial, porque precisamente en cada país asolado se conocían con nombre diferentes: *Normandos* (Hombres del Norte), en Francia y Alemania; *daneses*, en Inglaterra; *variages* en Rusia y Grecia, y finalmente, *lochlannoch* (habitantes de Lochlan) en Irlanda, relacionándolos acaso con las tierras de lagos y bahías. Pero en lo que sí estuvieron de acuerdo todos, fue en que Vikingo significaba combatiente. Esta identidad de pareceres se produjo cuando en las *Sagas*, única fuente de información, se consignaba "ir de Vikingos". Sólo así se llegó a entrever que sus correrías sobre el mar eran incursiones navales proyectadas, y no viajes al azar.

Los eruditos al precisar su testimonio dividieron este largo período, por ausencia de documentos válidos, en tres eras históricas, al ocuparse de Escandinavia: "La Mítica", "La Vikinga" y "La de las Sagas".

El misterio se prolongó hasta nuestros días y el enigma empieza apenas a desvelarse. Sus excursiones depredadoras pudieron estar relacionadas con los muchos movimientos migratorios de los pueblos de las estepas, del mundo de los árabes y de los magiares que ya golpeaban a las puertas de Europa. En el siglo de Carlo Magno no se conocía aún el lugar exacto de Escandinavia. Su historia, debido a su su escasa relación con Grecia, Roma y el Imperio Carolingio, carecía de documentos válidos. A los Vikingos los envolvió un manto de fantasía y de extrañas suposiciones, hijas del terror, del fanatismo y de las inagotables leyendas medievales.

Los eslabones de la historia

Ha sido característico de las sociedades humanas, que su origen, la raíz de sus civilizaciones, se nutre siempre de fábula y realidad, de fantasía y de hechos ciertos. En la brumosa Escandinavia el hombre vino a la vida como espectral visión surgida del Neolítico. Los impenetrables glaciares debieron tal vez cerrarle todos los caminos en el Paleolítico, pese a que el Báltico sería entonces un lago de agua

dulce. Pero estos primeros hombres no vivieron para contar su historia, porque otros hombres venidos de Jutlandia los empujaron hacia el interior, donde quedaron a merced de los hielos y perecieron hasta el último, según lo revelaron sus vestigios mucho tiempo después.

Las únicas referencias que se conocen del hondo pasado escandinavo provienen de Pitias, Plinio, Tolomeo y Tácito, que hablaban de "tierras lejanas, muy frías, inhóspitas y desconocidas".

Todo, o casi todo cuanto creemos saber de los primitivos escandinavos deja siempre entrever en ellos una constante ilusión, un perenne divagar hacia la luz. ¿Sería acaso la llamada del sol, el presentimiento de regiones tibias y de cielos iluminados? Pero esto que en un principio fue sólo un vehemente deseo del sol, se fue transformando con el tiempo dentro de su ser en un ansia irrefrenable que estaba por encima del espacio y el tiempo y que acabaría por transformarse en una idea que sería parte consustancial del alma nórdica, ese anhelo ardiente de salirse fuera de sí mismo.

Cuán fielmente parece reflejarse como en una placa este impulso vital, en la "Historia de San Michel" de Axel Monthe, aquél loco maravilloso que se embrujó con los cielos azules de Italia. Esta idea obsesionante habría de abrirles primeramente los caminos místicos y apasionados a sus dioses solares y más tarde, arrastrados a ellos como un turbión incontrolable por las rutas de la más audaz aventura, que se prolongaría por varios siglos de horror y de espanto.

Pero, antes que la historia, la leyenda será el comienzo y el dorado y refulgente Odín vendrá precedido de la epopeya que relatarían en las Sagas los narradores en las largas veladas de invierno, cuando las gentes se sentaban en el suelo alrededor de crepitante hoguera, a escuchar a los Escaldas (bardos). Los hombres mantenían en sus manos un cuerno de cerveza o hidromiel, mientras las mujeres hacían silenciosamente sus labores. Se escuchaban leyendas maravillosas, relatos increíbles, hazañas de dioses y guerreros de lejanos países.

Conforme a la leyenda, Odín y sus doce compañeros arribaron a Dinamarca y tras furiosa lucha vencieron a los gigantes que poblaban esta tierra y a sus dioses los "Thralls". Después de la victoria el resplandeciente Odín instauró su culto y distribuyó la tierra entre sus bravos guerreros. De ellos, Dan Mikillati, dio su nombre a Dinamarca, Narse a Noruega y Siming a Suecia.

Con la llegada intempestiva de tres naves ante las costas inglesas en el año 789 aparecen en Europa los escandinavos en su real forma

de Vikingos, que según algunos tratadistas debe traducirse como guerreros, probable corrupción de la palabra Wising en el antiguo nórdico. Estas frágiles embarcaciones desplazaban inicialmente una eslora de 23.5 metros, una manga de 5, un calado de casi un (1) metro y un (1) franco bordo de 1.20. Eran muy hondas y de quilla estrecha pero sin cubierta, con la proa y la popa altas y afiladísimas, adornada la primera con un dragón, o una serpiente gusano en antiguo nórdico. Fue tan frecuente el empleo del dragón, como mascarón de proa, que este animal llegó a convertirse en sinónimo de buque. Afuera, en la borda colgaban los pintados escudos de los guerreros. El mástil era reversible y el velamen estaba constituido por piel de morsa. Debido a su poco calado, estas naves rápidas y ligeras navegaban inclusive en los ríos de bajo fondo. Constaban en la primera época de 10 remos por banda, lo que hacía un total de 20 remeros para impulsarlas durante las calmas y los combates.

Cada embarcación contaba aproximadamente con 40 hombres, incluyendo los tripulantes que manejaban las velas y los combatientes para enfrentar al enemigo. Los hombres de esta dotación constituían una sola categoría, la de guerreros, pues los remeros no eran esclavos sino combatientes que cumplían sus turnos. Con el tiempo, sus barcos se agrandaron y llegaron a disponer de 16 a 40 bancos de remos, cuando se amplió el área de sus itinerarios.

Pese a las investigaciones emprendidas por científicos y estudiosos de la historia a propósito de los piratas, aventureros o lobos de mar que saquearon las costas de algunos países europeos en los siglos V y VI, las crónicas en que ellos se basaron no indican un país de origen precisamente de estos temibles invasores, caracterizados siempre por su decisión fulgurante y su innata rapidez de acción, en continuo juego con la muerte.

Ante este dilema, los historiadores optaron por considerar a estos depredadores como oriundos del conjunto de los países escandinavos.

Y por lo que hace a su idioma, todos coinciden en aceptar que pertenece al tronco común de las lenguas germánicas, calificado como "dansk tongas".

Sus contemporáneos coinciden también en estimarlos como gentes salvajes, por sus actos bandálicos y por el hecho de que desconocían el latín, idioma culto universal, y porque tampoco empleaban el alfabeto romano.

La orfebrería y la talla en madera, especialmente aplicada a las imágenes de sus dioses y los "Eddos", poemas compuestos por los "Escaldas", constituyen tal vez sus únicas expresiones artísticas.

Por los descubrimientos arqueológicos ha podido apreciarse su notable progreso en el arte de tejer.

En sus viviendas de madera, constituidas por una amplia sala, con bancos adosados a las paredes, ardía una hoguera, cuyo humo se escapaba por un agujero del techo.

Algo que explica su dedicación a la caza y la pesca es el hecho de que desconocían la agricultura, lo que les imprimió el carácter de recolectores de frutos silvestres, por largo tiempo. De cazadores habrían de pasar inevitablemente a las correrías y expediciones bélicas.

Los precursores de la empresa vikinga

"Bendita sea la luz del mundo en mi pensamiento;

bendita sea la luz del sol y el don de la vista.

Vuelve a nacer el fuego de las chispas oculto bajo las cenizas".

(de una antigua canción escandinava).

En las apartadas comarcas del fiordo de Lim estaba Jutlandia, la tierra de los cimbrios, territorio elevado situado en el centro de una región de anchas llanuras abiertas a los vientos, surcadas al oeste y al norte por barrancos y valles, antiguos fondos de fiordos y feudo de águilas y marismas. Por todas partes espeso e impenetrable bosque, pero en su parte más alta estaba la tierra abierta. Una cordillera de cumbres desnudas cruzaba el país de este a oeste. Las gentes altas, fornidas y de aspecto enérgico se dedicaban con pleno éxito a la cría de ganado. Medio año lo pasaban en el campo con sus rebaños y en invierno bajaban a sus caseríos donde se dedicaban a la agricultura, que habían acabado por dominar, una vez que superaron el período de recolectores que ocupó por largo tiempo la vida de sus antepasados.

La costumbre de agruparse al pie del viejo tronco familiar persistía en ellos. Con los padres vivían los hijos y sus descendientes y las hijas con su prole, fomando así tres generaciones. Junto con ellos habitaban la servidumbre y los esclavos. Al lado de las casas, en las cuadras, se mantenían los animales domésticos, que en verano eran instalados afuera, en espacios cercados.

Los cimbrios hacían la ofrenda al sol, verano e invierno, antes del solsticio. En primavera, en la época del despertar de la naturaleza, de la salida de la hoja y de los días tibios, también celebraban fiestas de acción de gracias al sol. Ellas constituían el gran acontecimiento, quizás porque vivían más al norte y eran más pobres que los demás clanes.

La vida se hallaba saturada de esa especie de sustancia que sólo exhalan los elementos potentes en una naturaleza que prosigue su curso elemental dentro de la conjunción de actitudes y efectos, alimentados bajo el influjo de impulsos desatados por fuerzas primigenias, encadenadas a la misión inexorable de cumplir el destino de un mundo en movimiento, como esas glaciaciones e interglaciaciones siempre en procura de un equilibrio final.

En los campos y caseríos brotaba una sinfonía de gritos animales. Por doquiera reinaban actividad y vida, movimiento y trabajo, arraigados en viejas costumbres ancestrales. Era un espectáculo magnífico bajo la luz del sol. Jinetes, perros, rebaños, gritos de hombres que hacían vibrar sus fustas. Todo ello, bajo el sol parecía presagiar el galope hacia la libertad, después de los largos meses de inactividad invernal. Se respiraba el hálito animal aguzado por los pastos silvestres y los frutos que mostraban sus primeros brotes con la naciente primavera.

Se sucedían las estaciones y las tribus de Jutlandia incrementaban sus efectivos disfrutando del producto de su esfuerzo, de las tierras de cultivo y de los innumerables ganados. Florecía el intercambio comercial. Con las ferias descendían por los ríos barcos cargados de pieles, cueros, lanas y artículos muy diversos. Llegaba el verano y todo se transformaba en una sinfonía de colores, en que los animales que no conocen el tiempo, veían a sus críos crecer a su alrededor. Anidaban las aves, pululaban miriadas de insectos y las abejas proseguían incansables en la elaboración de la miel para el próximo otoño. Los hombres almacenaban junto con alimentos, el sol, el aire y el calor del estío, con el alma embriagada de luz. Luego llegarían los meses largos y oscuros y el calor del sol y el fuego de su sangre pasaban a ser tan solo un recuerdo. Luego, las primeras nevadas y por fin el invierno, que no dejaba rastros del verano.

Pero un día llegó lo inesperado y una época de grandes desgracias se abatió sobre Jutlandia y la convirtió en un campo de ruinas. Se anegó la tierra, se nubló el cielo y se desató la nieve. La tierra ya no daría frutos y los hombres y animales se agitaban en un mar de fango. Las gentes montaban en cólera y se habló de una próxima partida.

Los cimbrios deberían ponerse en marcha con todos sus impedimentos, antes de que el hielo ciñese la tierra y aprisionara hombres y animales. Nunca antes se había visto algo semejante dice la crónica, pues los fiordos avanzaban hacia el interior de las tierras, los ríos se precipitaron sobre los valles y los viejos estuarios se hincharon como en "la lejana época geológica de los hielos".

Las tribus antes de ponerse en movimiento intentaron calmar a los dioses con ofrendas, oraciones y sacrificios, pero todo fue en vano. Por fin, en compañía de los "saling y thisbos", sus tradicionales enemigos, emprendieron la marcha en busca del cálido sur, olvidando sus odios y el pasado. Tras ellos arreció la tormenta y el agua se precipitó sobre los campos impulsada por un viento rápido e implacable.

Cuando la caravana se puso en movimiento sólo quedaron en la cima de las tierras cimbricas los viejos patriarcas, algunas mujeres y niños; unas cuantas vacas y caballos, restos de los grandes rebaños. Con ellos habría de repoblarse la vieja Cimbria. Frente a la tumultuosa expedición el mundo se abrió "ancho y ajeno", pero había que conquistarlo para las nuevas generaciones que crecieran en el largo e incierto peregrinaje. Realizaron según las "sagas", jornadas interminables a través de regiones desconocidas, abriéndose paso con sus descomunales espadas y sus lanzas ahorquilladas.

Al salir de la oscuridad de su existencia y entrar en el iluminado terreno de las crónicas y anales, los cimbrios revelaron esa personalidad extraña, inseparable compañera de los pueblos bárbaros que debieron afrontar los romanos, hasta fundirla en el crisol de la cultura helénica.

Cuando conocieron por primera vez la escritura se rieron regocijadamente de aquellos signos que se les antojaban huellas de gusanos. Por mucho tiempo en Escandinavia se desconocería la brujería de la escritura.

En su peregrinaje hacia el sur, los pueblos que en un principio debieron afrontar, eran de su misma estirpe. Sin embargo, no pasaría mucho tiempo para que a su conocimiento llegara la noticia de la existencia de gentes diferentes de verdad. Su primer contacto con ellas lo tuvieron al alcanzar los territorios comprendidos entre el Danubio y los Alpes. Allí se midieron en Noruega contra las legiones romanas y pasaron cumplidamente este azaroso examen. Con sus ojos azules y nuevos vieron asombrados un mundo que ya estaba a punto de hacerse viejo. La crónica revela brevemente este encuentro donde se ha-

llaron frente a frente pueblos tan distintos en cultura y horizontes. La tradicional astucia romana, a raíz del primer descalabro, logró convencer a los cimbrios para que siguieran la ruta de las Galias a través de peligrosos desfiladeros. Allí, sorpresivamente cayó sobre ellos con sus legiones el general romano Gneo Paperio Garbo, pero fue derrotado completamente. Desde Norega los cimbrios gravaron en su mente algunas palabras latinas y la convicción de que los romanos no eran invencibles. Empero, su gran error estratégico fue el mismo en que incurrió el cartaginés Aníbal. En vez de caer sobre Roma, continuaron su marcha hacia occidente. Los romanos aprovecharon la dura lección y se prepararon cuidadosamente para hacer frente a nuevas contingencias.

En su incierto itinerario los cimbrios vagaron en unión de los Tigurinos, pueblo helvético, los Teutones y Ambrones, a través de las Galias. Formaban una imponente masa humana de centenares de miles: guerreros, mujeres y niños, con centenares también de miles de ganados de todas clases, carros y abigarrada impedimenta. Era una tremenda fuerza en movimiento, hambrienta de tierras para extenderse. Golpearon inútilmente a todas las puertas, pero las ciudades fortificadas les cerraron los caminos de una solución a su insoluble dilema de alojamiento.

La noticia de su reaparición allende los Alpes fue para los romanos como el anuncio de los primeros relámpagos que preceden al estallido de la tormenta. Hubo intentos de negociación por parte de los bárbaros para que les cedieran tierras en donde instalarse, pero los romanos las rechazaron de plano y declararon rotas las conversaciones de paz. Uno de sus generales M. Julio Silano, que cerraba con sus legiones las rutas de los Alpes, entró en acción contra el grueso de la fuerza invasora, pero fue batido completamente y dejó abierto el paso del oeste que conducía a la desguarnecida llanura italiana. Sin embargo, los vencedores no sacaron provecho de su victoria y se encaminaron hacia España, donde permanecieron inactivos, sin hostilizar a sus belicosos habitantes. Esta fue su última oportunidad de derrocar el imperio. Antes de desmontar sus campamentos hubieron de enfrentarse nuevamente a las legiones del Cónsul L. Casio, quien terminó vencido y muerto en acción y cuyo ejército diezmado y desmembrado, capituló en condiciones humillantes. Cuando los observadores venidos de Roma apresuradamente llegaron al lugar de los acontecimientos, apenas alcanzaron a columbrar en la distancia los últimos carros de la caravana nórdica que se alejaba rumbo a España. En su persecución, cerca del Ródano, las legiones

comandadas por los Cónsules Leo Manlio y Cervilio Cipión fueron aplastadas literalmente, perdiendo en el reñido encuentro varios centenares de miles de vidas.

Como en muchos momentos decisivos de su historia, en esta ocasión salvó otra vez a Roma el viejo espíritu de defensa que siempre testimonió la república a lo largo de su accidentada existencia. Para sacar a flote esas viejas virtudes que habían hecho de esta ciudad la "Señora del Mundo", no vacilaron los patricios romanos en elegir un plebeyo, que los odiaba y a quien ellos odiaban. Este hombre, Cayo Mario, rudo pero íntegro, que sabía con certeza que a pesar del florecimiento, de la omnipotencia del poder y de las riquezas del Estado, la estructura en que éste se apoyaba, como las viejas obras de carpintería, estaba carcomida por los gusanos de una mortal decadencia, al tomar las riendas del mando se preparó para una lucha a muerte. Recordó y logró despertar en el ánimo de sus conciudadanos, la necesidad imperiosa de recuperar las virtudes olvidadas y aplicar la vieja táctica: "primero la estrategia y después la guerra".

Impasible esperó con su ejército detrás de los atrincheramientos que el enemigo incurriera en alguna grave equivocación o movimiento falso. El éxito coronó sus aspiraciones. El adversario, en un acto inesperado, dividió su poderosa fuerza en dos agrupaciones para descender de los Alpes y atacar a Roma desde dos direcciones distintas. Mario, que se mantenía expectante, atacó de súbito lanzando sus efectivos contra cada agrupación enemiga aisladamente, en una serie de movimientos envolventes y aniquiladores. Del poderoso conjunto cimbrío sólo quedaron muertos y prisioneros. Fueron tantos los que cayeron sobre el campo de batalla de aquella comarca boscosa, que los campesinos cercaron sus viñedos y sementeras con los huesos de los vencidos. Las tierras, abonadas por la carroña y las abundantes lluvias de invierno, dieron en la primavera siguiente la más prodigiosa cosecha.

Así exterminaron los romanos a los antepasados de los futuros Vikingos. Ninguno de aquéllos pudo regresar a Escandinavia a relatar lo que había acontecido a los Cimbrios y Teutones. Este tremendo suceso pasó a enriquecer los anales de los historiadores romanos y griegos.

Los invasores

Reanudando el tema interrumpido de la aparición de los Vikingos en las costas europeas el año de 789, con tres naves de las características antes expresadas, dependeremos de aquí en adelante de las crónicas

que sobre estos extraños incursores, legaron los primeros comentaristas de esa época. Una de ellas, escrita por el rey de Inglaterra Alfredo el Grande, relata que a su corte arribaron dos viajeros nórdicos, Wulsfton y Othere, que aportaron valiosas noticias sobre su país de origen.

Lo que habría de ser con el tiempo la más violenta incursión depredadora en la Germania de entonces, la de Carlo Magno, en Escocia y el país de Gales, en Irlanda, en Francia, España, Portugal, Inglaterra, Islandia, Groenlandia y América, se limitó en un principio a invasiones locales de unas tribus a otras en los fiordos escandinavos.

Pero cuando más tarde se acrecentó su poderío naval y adquirieron mayor conocimiento de la navegación en mar abierto, asaltaron en los siglos V y VI los reinos francos establecidos en las costas. Aun cuando las crónicas no precisan el país de origen de los invasores, todo hace suponer que frisonos y escandinavos, especialmente daneses, integraban el núcleo principal. Luego, sus ambiciosos mandos pusieron sus ojos en Inglaterra y acometieron su empresa, tal como lo relata la crónica. "Una cruda mañana de abril, bajo un aire helado, navegaba hacia Inglaterra Bjorno Jernside. El mar hacía cabecear las naves, que levantaban de las olas su proa chorreante para dejarse caer inmediatamente de bruces sobre la móvil superficie, hudiendo en el agua espumosa la cortante quilla. Parecían caballos sedientos con el hocico metido en el abrevadero. El viento hinchaba las velas y empujaba las naves con tal fuerza, que parecía querer levantar toda la flota y llevarla por el aire. Mientras se aproximaban les parecía oír la voz de Inglaterra y hacia ella dirigían sus duras miradas azules, mientras que de su tosca ropa empapada de agua salada, el calor de sus cuerpos hacía escapar un humo acre y espeso. A medida que se iban acercando surgió en el horizonte un vago contorno sinuoso. Eran los altos acantilados, blancos de niebla, a cuyos pies rompían las olas. Toda la costa parecía aún muerta y desierta. Cada hombre vivía para lo que tenía delante. Luego fue dibujándose claramente la tierra que les esperaba con sus hermosos paisajes, bosques y praderas, caseríos y condados. A intervalos se perdía en el aire el humo de alguna que otra hoguera. No se percibía ningún otro indicio de vida, pero allí seguramente habría hombres y con éstos deberían habérselas. Con este solo pensamiento la tripulación se frotaba las manos. Pensaron en la lucha y en la muerte y a partir de ese momento se cerraron los recuerdos, el país de donde venían, el viaje y los peligros que habían vencido. Estaban allí con todos sus sentidos en tensión dirigidos hacia aquella tierra que iban a poseer. Anclaron sus barcos y efectuaron sigilosamente sus primeros reconocimientos.

De pronto, algo silvó en el aire primaveral y un joven guerrero que mostraba al sol la blancura nórdica de su piel, cayó como fulminado por un rayo invisible. Monte arriba, corriendo hacia un matorral un jinete llevaba todavía en la mano izquierda un gran arco, el mismo con que años después los ingleses desmontarían a los caballeros de armas franceses en los campos de Poitiers y Azincourt.

Con alternativas de victorias y derrotas prosiguieron las invasiones vikingas, de 789 a 1066. Regiones enteras, inclusive Londres fueron pilladas y arrasadas. Los Vikingos eran expulsados pero volvían de nuevo. Se concertaban treguas y de tiempo en tiempo sucedían períodos de paz que promoverían inevitablemente la fusión de sangres, especialmente en zonas habitadas por gentes de origen normando, que siglos atrás habían desembarcado en Inglaterra, pero que ya no tenían la más leve noción de su antiguo origen escandinavo. La última invasión aseguró el triunfo final de los normandos, pero éstos ya no vinieron de Escandinavia, sino que se trataba de normandos procedentes de Francia donde se habían establecido y fundado el reino de Normandía. Fue así como Inglaterra habría de adquirir para siempre y por siempre un origen germánico.

Con el ir y venir de los acontecimientos en el cambiante calidoscopio de la historia, Francia, Italia, España, Portugal, Alemania, Islandia, Groenlandia, América del Norte y quién lo creyera hasta hace algún tiempo, porque ya no se pone en duda, los Vikingos también mezclaron su sangre con los pueblos indígenas de la América del Sur.

Según el investigador Holland, en 1364 una expedición vikinga al mando de Knudson, procedente de Gröeland se internó en la América del Norte hasta los Grandes Lagos, a más de mil kilómetros de la costa. Si nos remitimos a los relatos de cazadores franceses, ingleses y norteamericanos acerca de los indios Mandanes, y si nos atenemos a la crónica del gran explorador francés Samuel Champlain, los pieles rojas de varias regiones del actual Canadá les hablaban de hombres rubios que viajaban en botes de madera. El jesuíta Lejeun, el trampero De la Veondrye, el pintor Cattin y el navegante italiano Verrazano, comprobaron que en algunas tribus indias los hombres y mujeres eran rubios y de ojos azules y que muchos llevaban el nombre de Magnus, como tantos escandinavos.

Los españoles se llevaron tremenda sorpresa al encontrarse con los boreanos de Chile, que parecían nórdicos y sus cronistas anotaron

las diferencias de color y rasgos entre la aristocracia inca y azteca y el bajo pueblo. Las leyendas indias desde los Grandes Lagos del Norte hasta la Tierra del Fuego, señalaban la llegada de hombres de pelo claro y espesa barba. Quetzacoal y Viracocha vestían largas túnicas nórdicas y fundaron dinastías. A Hernán Cortés de Mesa le hablaron en Yucatán los indios de hombres rubios que salían del vientre de gigantes serpientes de mar y cuyas escamas relucían al sol. Así relacionaban los nativos americanos en su mente primitiva los buques-dragón, con sus escudos metálicos colgados en la borda.

Fue así como en los bosques y llanuras americanas, concluyó sin lugar a dudas, la gran aventura vikinga.

BIBLIOGRAFIA

ALMAZAN, Juan C. *La aventura de los Vikingos*. Barcelona, Ediciones G. P.

Diccionario Mitológico Universal, Madrid, Ed. Aguilar.

Enciclopedia Barsa. Chicago, Eds. Enciclopedia Británica, 1980.

Enciclopedia Británica. Chicago, William Benton Publisher, 1961.

Nueva Enciclopedia Temática. Panamá, Ed. Richards, S. A.

VILHELM, Johannes. *Obras escogidas*. Madrid, Ed. Aguilar.